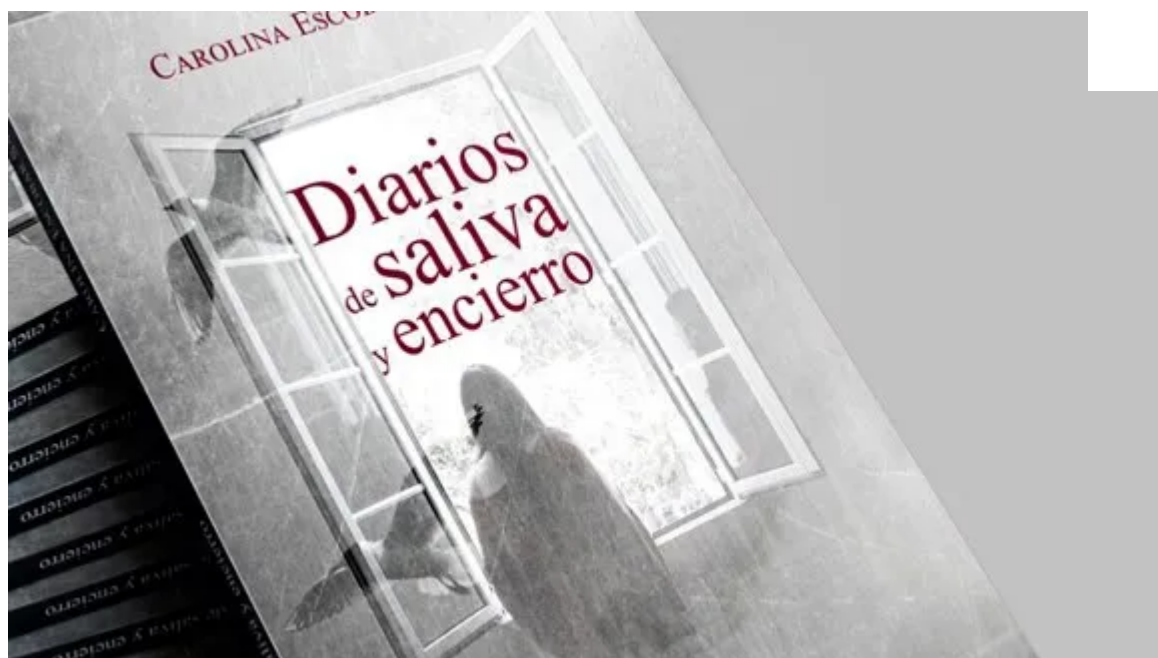
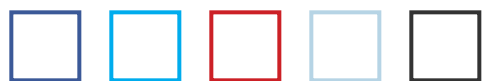


ENSAYO

HOY EN GAZETA

## «Diarios de saliva y encierro»: crónica poética de la esperanza en medio de un tiempo sin salida

19/09/2021




muertes. Vamos lejos del principio y aun así parece que hemos recorrido poco, que seguimos estancados en el mismo lugar, que hemos tenido que asentarnos en la incertidumbre y armar vida sobre los nuevos miedos, mientras esperamos que todo se termine de derrumbar y podamos ver con claridad el espacio donde deberemos empezar a escarbar, entre todo lo perdido, a ver si con lo que queda nos alcanza para moldear el mañana al que esperamos arribar cuando esto termine. Ha pasado casi un año desde que se escribió el último texto de estos *Diarios de saliva y encierro*.

Contar los días es una actividad propia de los chamanes, de los condenados, de las niñas antes de los cumpleaños y de Navidad, de los que, a pesar de todo, tienen algo que esperar. Carolina Escobar Sarti empezó a contarlos tres días después del cierre del país, el 16 de marzo de 2020. Contó, sin interrupción, hasta el 31 de mayo, y a partir de allí los días empezaron a caer como gotas dispersas de una tormenta que aún no se termina, hasta el 11 de septiembre de 2020, hace ya casi un año. Y es que desde su oficio de escritora, Carolina tiene algo de chamán, y como todos nosotros en este tiempo, Carolina tiene algo de condenada, y desde su protectorado de las inocencias rotas, Carolina tiene corazón de niña, y este libro delata cómo mantiene la mirada fija allá lejos por donde siempre brilla algo que se parece a la esperanza y que atraviesa sus días, de la primera página hasta la última, como una cuerda que no le permite ser arrastrada por el ímpetu del temor, de la desesperación, de las visiones del horror, las ausencias y la rabia.

Guiado por esa misma esperanza que hace guiños desde el fondo de la oscuridad, el lector que se acerque a este Diario avanzará por días conocidos, por pesadillas familiares, por un tiempo ya transitado, a través del cual le será inevitable buscar el reflejo, las coincidencias, las visiones compartidas, las diferencias. Avanzará entre la revelación de los puntos ciegos, de las epifanías en retrospectiva, para encontrar, en medio de todo, la magnitud de una tragedia más que nos hermana en el temor, en la incertidumbre, en ser testigos de la muerte más solitaria que siempre, en la virtualidad como ventana abierta para el bombardeo de la información y como único atajo seguro para burlar a las ausencias.

distancia necesaria para no paralizarse. El de una mujer acostumbrada a interpretarlos y a conjurarlos, a decir la vida con claridad y sencillez, con la voz de todos los días, en medio de la que asoman los destellos únicos de su mirada. Estos *Diarios de saliva y encierro* son un monólogo que retrata la soledad del individuo acorralado por la muerte, destinado, inevitablemente, al encuentro consigo mismo y con sus fantasmas. Una crónica poética de la cotidianidad doméstica en relación constante con la cotidianidad social. Palabras en soledad, cuyo eco se hace colectivo. Se multiplica como las banderas blancas, se repite como el minuto en que los seres humanos, en soledad colectiva, sostuvieron en brazos su propia vulnerabilidad, perdieron en conjunto la inocencia de creer en la imagen de un capital al que siempre han servido y al cual podían al menos importarle, y que resultó ser la imagen del ser humano al servicio y beneficio del capital. En un manifiesto sacrificio del colectivo para la salvación de las grandes economías.

A lo largo de este recuento de sus días, aparece el arte como tabla salvadora en donde descansar un momento, aparecen los libros, que permiten que la vida siga cuando por alguna razón todo parece detenerse, el cine que delinea a este país, y que la acompaña en esas rutas íntimas y reflexivas. Por su registro poético hay rastro de escritores que no han hecho silencio frente a la muerte, como Dylan Thomas. Y de otros que lidiaron con las luchas de su tiempo y las atravesaron con la palabra en alto, que poetizaron con los pies firmes en la realidad, como Otto René Castillo y como Allen Ginsberg. Así, su escritura se devela como un rito en el que diciendo los días se aliviana en mínima medida el tiempo, como le sucedió a quien aprendió a hacer pan, al que se volvió jardinero por la fe en la semilla, al que se encerró a ejercitarse, con disciplina, en soledad, en caso de que hubiera mañana, el que encontró a qué más aferrarse con tal de resistir, con tal de ver en la cara a la muerte, pero también de reconocer la vida.

Así como en este diario se repite la esperanza, también se repite la luz y la sombra, la idea de una transformación inminente y necesaria. La duda de si estamos en el punto final de una Era o en el filo de un nuevo principio. También se repite la saliva que es riesgo, tránsito de la palabra, germen para invocar la libertad, pero no esa libertad de morir que es la única que ofrecen, para invocar una esperanza de esas que no se apagan, un último asidero en medio de la salvaje incertidumbre en la que hasta hoy hemos aprendido a no dejar de caminar. 

Vania Vargas



(Quetzaltenango, Guatemala, 1978). Licenciada en Letras de la Universidad de San Carlos, poeta, narradora, editora y periodista cultural. Dirigió la revista digital de literatura Luna Park. Obras publicadas: *Cuentos infantiles* (Catafixia Editorial, 2010), *Quizás ese día tampoco sea hoy* (Editorial Cultura, 2012), *Señas particulares y cicatrices* (Catafixia Editorial), *Los habitantes del aire* (Editorial Cultura, 2014), *Después del fin* (Editorial del Pensativo, 2016).

ARTÍCULO ANTERIOR

«El viaje de Alba Bernal», de Isa Hdez

ARTÍCULO SIGUIENTE

Ós[culo] y otros dos poemas eróticos, de Mario Cardona